

MISCELANEA

LA HISPANIDAD Y LA CHILENIDAD MARINERA EN EL QUINTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

*Juan Carlos Toledo de la Maza
Contraalmirante*

Introducción

La conmemoración del Quinto Centenario del descubrimiento de América nos llama a reflexionar sobre el profundo significado en la historia de la Humanidad que tuvo la acción visionaria emprendida por el entonces desconocido navegante Cristóbal Colón.

La Armada de Chile, haciéndose eco de estas inquietudes, convocó a una mesa redonda a las instituciones que se identifican y se han unido en torno a un ideal común... "El amor al mar".

En esta mesa redonda de amantes del mar se analizó una vez más el significado material y simbólico de este magno episodio histórico, que nos legara la lengua y la fe y que, más allá de eso, nos situó frente a una gran empresa náutica, trascendente en el tiempo, en que el descubrimiento constituye su episodio más representativo.

Así como hoy podemos hablar de la era de la conquista espacial, de la cibernética o de otros tantos fenómenos que caracterizan nuestro momento histórico, los siglos xv y xvi fueron centurias caracterizadas por la expansión de Occidente, determinando que el mundo creciera y se desarrollara, logrando simultáneamente una difusión cultural arrastrada por el viento que inflaba las velas de las frágiles embarcaciones guiadas por audaces navegantes.

Esos son los antecedentes del Chile marineró. En un país como el nuestro, cuyo destino ha estado, está y estará necesariamente ligado al mar, este acontecimiento no debe pasar inadvertido.

Por eso es que, en torno al mar y al Quinto Centenario, en un esfuerzo patrocinado por la Armada de Chile y con el apoyo de instituciones, tales como: El Caleuche, Cuerpo de Voluntarios de los Botes Salvavidas de Valparaíso, Hermandad de la Costa, Liga Marítima, Cofradía Náutica del Pacífico Sur y Cap. Horniers, Cofradía de los Capitanes del Cabo de Hornos, se consagró el mes de octubre al recuerdo de "La chilenidad marinera, heredera de la antigua hispanidad navegante".

Este compromiso de hombres amantes del mar fue sellado en el muelle Prat de Valparaíso el 28 de octubre de 1989, con la colocación de una placa recordatoria a bordo de la carabela *Santiago* y con la proposición presentada por el autor en las palabras que siguen.

* * *

Esta singular ceremonia que hoy se lleva a cabo en el hermoso escenario de la bahía de Valparaíso, futura capital legislativa, marítima y cultural de Chile, obedece a lo imperioso de un justo reconocimiento que la Armada de Chile ha estimado oportuno celebrar y divulgar.

Aun cuando faltan tres años, una celebración como la de los 500 años del Descubrimiento de América requiere de preparación, ya que los acelerados cambios producidos en este intervalo de tiempo han tendido un manto de olvido y de pasiones que ha deformado la historia, aplicando la vara

de la visión contemporánea a la realidad de una época en que la vida era más corta, el ritmo existencial más lento y anidaba en los espíritus un afán de trascendencia.

En ese escenario y con aquella realidad, se produjo este hecho espectacular y renovador que, junto a las Cruzadas, constituyó el más grande hito de empresa colectiva que pueblo alguno inició nunca con tesón tan denodado.

Era la Hispania continuadora de Grecia y Roma y depositaria del legado judeo-cristiano que, en singular afán, aquel 12 de octubre nos legó la Hispanidad.

Hispania, navegante y marinera, se hacía a la mar en tres débiles carabelas entregadas a Colón, aquel extranjero, atrabiliario y fantástico, cuya tozuda ignorancia se estrellaba contra el realismo científico de los navegantes Juan de la Cosa y los hermanos Pinzón, que establecían sus razonamientos con lógica matemática y el compás en la mano.

De ese contraste vital, tan semejante al del ser hispano, iba a brotar no sólo un nuevo continente, sino también el conocimiento de la estructura de la Tierra y, aun cuando eran falsos los fundamentos científicos de la empresa, se consiguió, a pesar de todo, el descubrimiento. Eterna paradoja, como todo lo español, el papel histórico de Colón fue nada menos que preparar una empresa descabellada en su feroz voluntad de zarpar hacia el oeste, voluntad que logró finalmente que la expedición se hiciera a la mar, en tres barcos y con ciento veinte hombres que se despegaban de la tierra al influjo suave del levante.

Siguiendo el *Diario de Colón*, imaginemos por un instante la rutina de a bordo; cada mañana al salir el sol los grumetes despertaban a los tripulantes con el ritual marinero de la época:

*Bendita sea la luz
y la Santa Veracruz
y el señor de la Verdad
y la Santa Trinidad.
Bendita sea el alma
y el señor que nos la manda.
Bendito sea el día
y el señor que nos lo envía.*

y luego, en lenta melopea, cantan en los sollaos:

Amén. Dios nos dé buenos días, buen viaje. Buen pasaje tenga la nao. Señor capitán y maestre y buena compañía, Amén. Así haga buen viaje, haga; muy buenos días dé Dios a vuestras mercedes, señores de popa y proa. Al anochecer, se canta la Salve marinera.

Bien sabemos los aquí presentes lo que es una nave, conjunto material y humano que se mece en un medio inestable e imprevisible. A imagen del mundo de la tierra firme, lo que se hace a la mar en la nave es la expresión cultural de un país y por tal, es copia fiel de virtudes y defectos del lugar del que proviene.

El orgullo de pertenecer a una patria, lugar de los padres, y tener tradiciones, llamado de sus muertos, hace a los tripulantes crear un emblema que les identifique: Una bandera. La bandera que hoy lucen las naciones tuvo su nacimiento en el mar y tiene para los marinos el mismo sentido que tiene sólo para los soldados que la han visto alguna vez desplegarse en el combate. Hay, en el izamiento del pabellón cuando el buque está en movimiento, un sentimiento inefable que cala el alma hasta el fondo. Allí se apura el sentimiento patrio y no habría un solo hombre que creyera en internacionalismos utópicos si se embarcara alguna vez durante su existencia.

Nutridos de la fe cristiana, aquellos hombres sienten que, creado el hombre para servir a Dios, la vida en este mundo ha de ser necesariamente de servicio a su causa y ha de conquistarse la otra, la eterna, de la forma en que lo expresa Jorge Manrique:

*El vivir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales
ni con la vida delectable
donde moran los pecados
infernales
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
e con lloros*

*los caballeros famosos
con trabajos e aflicciones
contra moros.*

El existir se hace entonces militante, pues la vida es lucha y por eso el paradigma de la época lo constituyen el sacerdote y el militar, ya que al decir de Calderón "la milicia no es más que una religión de hombres honrados".

Ese era el obsequio inigualable que aquellos hombres trajeron a América y no se diga que hablamos de leyenda rosa para minimizar la leyenda negra. En el campo del pensamiento, no del sentimiento, Francisco de Vitoria es analista sutil y certero desde su cátedra de Salamanca y reconocemos con él las turbias pasiones que anidan en el alma de los hombres. Solamente afirmamos que aquellas culturas precolombinas las tenían de sobra, a juzgar por sus templos tachonados de calaveras y su organización social en la que imperaba la cultura de la muerte. Ninguna cultura trasciende cuando no hay músicos, ni poetas, ni escritores y ninguna de ellas los tuvo.

Las bajas pasiones no fueron, pues, una herencia novedosa. Sí lo fueron, la convicción de una fe, el sentido de patria, de tradición y espíritu misionero del conquistador.

La fe cristiana llevaba implícito el ideal de cristianizar el mundo entero y de elevar en lo posible a los caídos. Sin embargo, como lo expresa Ramiro de Maeztu: "De cada veinte hombres cultos no habrá apenas uno que se dé cuenta de que América no fue descubierta por el progreso de las artes o de la navegación, ni por codicia, sino por el convencimiento de que los habitantes de sus tierras ignotas podían salvarse lo mismo que nosotros".

La hispanidad es el imperio que se funda en esa esperanza de salvación y por eso en cualquiera de sus dominios donde se profese tal convicción estará la hispanidad presente y donde quiera se haya abjurado de las leyes divinas en su Constitución o en sus costumbres, entrará en agonía.

La hispanidad navegante y marinera se fundó aquel 12 de octubre y llegaría a nuestras costas con la expedición de Hernando de Magallanes, que zarpó de Sevilla llevando a Elcano. Chile fue así descubierto por el mar en 1520.

No es aventurado aseverar entonces, que aquellos corsarios chilenos que se internan hacia el Pacífico con su bandera de la estrella solitaria o los que lucharon con singular denuedo, llenando de gloria las páginas de nuestra historia naval, o los que se internaron en los laberintos de archipiélagos y canales explorando nuestra accidentada geográfica marítima, siguiendo los pasos de Ladrillero y de Sarmiento de Gamboa, que sucumbió con todos sus hombres en las costas del estrecho, son los herederos y depositarios del legado de España.

Herederos y depositarios, porque patria y servicio fueron su aliciente y su razón de vivir y de morir. Prat encarnó los ideales del "caballero pobre" del Siglo de Oro y los marinos de Chile rendimos culto y observancia a las virtudes cristianas que él sustentó, al precio de su propia existencia.

Señoras y Señores, miembros de la Armada, de la Liga Marítima, navegantes del Bote Salvavidas y del Caleuche, Cofrades de la Hermandad de la Costa y del Cabo de Hornos, jóvenes que os acercáis al mar, patriotas:

Nuestra nación se define por el océano y eso conforma nuestra reciedumbre espiritual. Chile, nos dice recientemente André Frossard, tiene "vocación de infinito". Nuestro país, como Portugal en los siglos xv y xvi que tenía prohibido el acceso a Europa por Castilla, ha de lanzarse resueltamente a la conquista de sus espacios marítimos. Esa es la única gran empresa en común que se nos ofrece como imperativo geográfico y, más aún, de supervivencia.

"El Pacífico —apunta el rumano Vintila Horia— contemplado desde la bahía de Valparaíso es una lección de futuro, tal como lo fue el Mediterráneo para los griegos homéricos, una invitación al poderío y al conocimiento... Desde esta perspectiva, el mar océano más grandioso de la Tierra y la montaña más alta de los continentes americanos están juntos, encima del puerto quizás más asombroso de la Tierra."

Desafiar este Pacífico ha sido la labor del Chile navegante, el cual mantendrá latente en la Nación su fuerza espiritual, reclamándola para una empresa inconclusa y común que supere divisiones, porque quien vive del mar ama todo lo que une y rechaza todo lo que separa.

Ser Nación marítima, consciente de serlo, supone de sus hombres ser custodios de valores, esto es, de bienes espirituales recibidos, como:

— La fe, para recordar que no todo acaba en este mundo y por tanto la nación no se agota en afanes meramente materiales. Nuestro ser es trascendente y sólo en la providencia de Dios y en la esperanza del cielo se halla el consuelo de las desilusiones y desengaños que amargan la lucha diaria.

— El sentido patrio, para alzar la cabeza por los logros de una historia que en guerras, terremotos, sequías e inundaciones nos ha otorgado un temple singular para el rigor que muchas naciones envidiarían. De allí que debemos cultivar el amor a nuestras costumbres y ritos, a nuestros emblemas y símbolos, que nos identifiquen como pueblo único, marítimo y cristiano.

— El ideal de servicio, para evitar tentaciones ajenas al ser nacional o vacías de contenido que engañan con panaceas inalcanzables o enfrentamientos odiosos, en vez de ofrecer metas de esfuerzo y de alto vuelo que sí se avienen con nuestro espíritu sediento de horizontes. El estadista que proponga una gran empresa como la conquista del mar por todos los chilenos y no entienda al Estado como un derecho a recaudar contribuciones y a repartir destinos, sino como Estado-Servicio, esto es, con un sentido espiritual, alejará lo que hay de egoísta y menguado en la lucha por el poder.

La Armada de Chile, al rendir culto a los valores espirituales de la hispanidad, se ha propuesto de aquí hasta el año 1992, con el concurso de las organizaciones espirituales que hoy hacen de marco a esta ceremonia, las siguientes tareas:

- Traer hasta el mar a jóvenes chilenos que nunca lo han conocido.
- Participar en los foros y seminarios nacionales e internacionales que se han programado en el marco de estas festividades.
- Recordar octubre como el mes de la chilenidad marinera.
- Entregar a cada buque mercante chileno una placa, similar a la que hoy se entregará a la nao *Santiago*, con la siguiente leyenda:

*Chile, país de navegantes,
honra los 500 años del
Descubrimiento de América*

y más abajo:

*A esta nave, embajadora del alma de la
patria y seguidora de aquella estela
espiritual que nos sigue hablando del esfuerzo,
del coraje y de la fe*

- Prestar auspicio a la Cofradía Náutica del Pacífico para efectuar un campeonato nacional de clubes de yates chilenos a partir del 12 de octubre de 1990, para disputar el Trofeo de la Hispanidad a ser donado por el Rey de España.

Señoras y Señores:

Que las entidades nacidas del amor al mar que nos acompañan y de la que fueron miembros o fundadores Salvador Reyes, Andrés Sabella y Benjamín Subercaseaux, nos acompañen en el esfuerzo por realizar estas tareas, que son digna manera de recordar los valores de la hispanidad marinera y que se resume simplemente en:

Desde esta tribuna os ha hablado un marino de esta tierra, en un escenario que une el pasado con el presente, y lo ha hecho en español.

